HARLEQUIN™

Jazmín™

Reino de Amor



De repente… príncipe

MELISSA JAMES



De repente… príncipe

MELISSA JAMES



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Lisa Chaplin. Todos los derechos reservados.
DE REPENTE… PRÍNCIPE, N.º 2312 - 27.1.10
Título original: The Rebel King
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8097-8
Editor responsable: Luis Pugni

PRÓLOGO

Sidney, Australia

JUSTO cuando el camión de bomberos frenó junto a la acera, el piso bajo de la casa fue engullido por las llamas. La sirena se oía por encima de los gritos de la gente aterrorizada que corría de un lado para otro. El cielo de la noche estaba iluminado y el espumillón de los adornos de Navidad de las ventanas se había convertido en llamas.

«Así es el trabajo». Charlie Costa lo asumía como había hecho durante años. Se guardaría sus emociones para más tarde.

–Winder, Costa, preparaos y entrad –Leopard, el capitán, les gritó a Charlie y a su compañero, Toby–. Buscad cualquier rastro de vida. Los demás, rociad la casa y el jardín y vigilad esos árboles. Tenemos que evitar que el monstruo vaya saltando a las casas cercanas.

«El monstruo» era el nombre que los bomberos le daban al enemigo. Charlie aún recordaba el escalofrío que lo había recorrido la primera vez que lo había oído. Ahora era un grito de guerra contra el hambriento destructor y enemigo diario de un bombero.

–Disecciona tus interrogantes internos más tarde, Charlie –dijo una profunda voz–. Ahora es el Gran Destructor a lo que nos enfrentamos.

–Como usted diga, Señor del Diccionario –Charlie sonrió a Toby Winder, su mejor amigo y un metro noventa y cinco de músculo. Esa camaradería era lo que los ayudaba a calmar la tensión del momento–.Vamos allá –Charlie se puso la máscara y se abrochó el equipo de supervivencia. Cubiertos por los chicos que arrojaban sobre ellos una tormenta de agua, Toby y él entraron en la casa a través de lo que quedaba de la puerta. Los demás cerrarían las ventanas que estuvieran abiertas y cubrirían aquéllas cuyos cristales ya habían estallado. Cuanto menos oxígeno hubiera allí dentro, más probabilidades habría de que hubiera supervivientes en ese infierno porque, según les habían informado, había una joven familia atrapada dentro.

–El fuego se ha iniciado en la cocina –dijo Toby por la radio al entrar en el salón lleno de humo–. No debieron de apagar el horno. El fuego ha salido disparado al segundo piso antes de extenderse por aquí abajo –ahora no estaba empleando sus palabras polisílabas favoritas, estaba demasiado preocupado–. Iré arriba y Charlie se quedará aquí abajo.

–No –gritó Charlie siguiendo a Toby por las escaleras–. Si había alguien abajo, ya debe de haber salido. Subiremos juntos y primero buscaremos a los niños y después a los padres.

Lo que no dijo era que ir en pareja le daba más oportunidades de sobrevivir. Con el riesgo de que el suelo se hundiera bajo el peso de Toby, Charlie no dejaría a su amigo subir solo de ningún modo. Por alguna razón que nunca entendería, el hecho de estar ahí para equilibrar el peso solía hacer que el suelo aguantara un poco más.

Encontraron a la primera persona tendida en el re-

llano de la escalera. Una mujer joven, supuestamente la madre, con los brazos estirados hacia el piso superior. Toby hizo un chequeo rápido de su estado.

–Que vengan los paramédicos. No respira, su pulso es débil. La estamos perdiendo.

Charlie roció las escaleras y la moqueta que llegaba hasta la puerta con retardador de fuego y movió todos los muebles que podían arder. Toby desconectó el aire de su máscara y comenzó con la respiración artificial. No podían arriesgarse a darle el oxígeno a la mujer hasta que no hubieran salido todos de allí y estuvieran a salvo. Y ella preferiría eso a que la salvaran y sus hijos murieran en la inevitable explosión que se produciría.

Oyeron un fuerte crujido mientras una camilla se llevaba a la mujer.

–¡El tejado se está hundiendo!

Como si fueran uno, los dos subieron las escaleras corriendo.

–¡Mandad dos hombres más para que nos den algo de tiempo! –gritó Charlie por radio.

–¡Salid! ¡Es una orden! ¡Se va a hundir! –le respondió su capitán.

Pero ninguno de los dos le prestó atención. Toby entró en la primera habitación a la izquierda y Charlie lo oyó gritar:

–¡Escaleras a las ventanas de los dormitorios de arriba!

Resignado, el capitán dio la orden. Todos sabían que los dos jamás salían de un edificio hasta no haber encontrado al último de los supervivientes. Su manera de trabajar era asombrosa y conociéndose tanto el uno al otro, con el amor fraternal que se tenían y cómo eran

capaces de leerse la mente, formaban el mejor equipo posible.

En cuclillas, Charlie recorrió el suelo enmoquetado del pasillo. Iba a hundirse. Saltó de un lado a otro cayendo junto a las paredes, donde el suelo sería más fuerte, para llegar hasta una habitación situada al fondo de la casa.

Abrió la puerta y la cerró enseguida para cortar el paso del oxígeno. Al cabo de treinta segundos, el interior de la habitación comenzó a tomar forma a través de la nube de humo y pudo ver unas paredes blancas, una cama rosa y una casa de la muñeca Barbie. Gritó:

–¿Hay alguien aquí?

Incluso entre los bramidos del monstruo, sus oídos entrenados oyeron una diminuta tos.

Cerró el aire de la máscara y se la quitó. La máscara y el uniforme solían asustar a los niños.

–Hola, cielo, me llamo Charlie. Soy un bombero –tosió por el humo que llenó sus pulmones y su garganta en cuestión de segundos–. ¿Quieres ir con mamá?

Oyó otra tos que salía de debajo de la cama, donde había una niña de unos tres años.

–No pasa nada, cariño. Ya te tengo. ¡Escalera a la habitación del fondo, en el extremo izquierdo! ¡Tengo a una niña!

–¡Cuarenta y cinco segundos! –gritó Leopard.

Tras ponerse la máscara para respirar, le hizo un rápido chequeo a la niña. Dejaría de respirar en cualquier momento. Le ató una cuerda alrededor y la levantó en brazos.

Tenía que seguir la regla esencial: «nunca te quites la máscara para dársela a una víctima porque no podrás salvar a nadie si estás muerto o inconsciente». Si

lo hacía, no sólo arriesgaría su vida, sino también la de su equipo, que tendría que entrar a rescatarlo, y la de la niña, si a él le sucedía algo. Pero era prácticamente un bebé. Él ya había tenido una vida... y la suya no había hecho más que empezar.

Esperando que no hubiera chispas en la habitación que pudieran alimentarse del oxígeno, se quitó la máscara y la puso sobre la cara de la niña ajustando la salida de aire, ya que demasiado oxígeno en ese momento podía ser perjudicial, si había inhalado humo. Después, conteniendo la respiración, se giró para salir por la puerta, pero sintió una explosión justo debajo de él. El suelo se combó bajo su pie izquierdo.

–¡Necesito una escalera! Tengo a un niño inconsciente. ¡No respira! –oyó a Toby gritar. Estaba claro que su amigo tampoco llevaba puesta la máscara. Se les acababa el tiempo.

Charlie comenzó a notar que le ardían los pies a través de las botas.

–Vamos a lograrlo, cielo. Nuestros chicos son los mejores –tosió. «¡Agáchate para tener más aire, idiota!». Pero si lo hacía, el suelo se derrumbaría. No podía arriesgarse a moverse, pero tenía que respirar o pondría sus vidas en peligro. Vio a la niña tomar aire, le quitó la máscara, respiró y se la volvió a poner en la cara.

Ahora lo único que podía hacer era observar la respiración de la niña, quitarle la máscara, respirar, y ponérsela de nuevo. Oyó unos cristales estallar en la habitación contigua. El monstruo se acercaba.

Un soplido de aire limpio llenó la habitación y la puerta estalló cuando el fuego entró en busca del oxígeno. Una voz gritó:

–¡Dámela!

«¡Gracias, Dios!». Charlie saltó hacia la cama, que estaba junto a la ventana.

–¡Toma!

La cama se hundió hacia un lado cuando el suelo se derrumbó bajo su peso. El calor estaba abrasándole la espalda, era como si se le estuviera derritiendo la piel... podía oler el olor a quemado de su carne.

–¡Salta!

Apenas podía moverse. El calor, el dolor y la falta de aire se lo impedían. Se agarró con una mano a la ventana.

–Bien. Puedo hacerlo. Subiré una rodilla...

La cama se tambaleó y cayó por donde antes había estado el suelo. Su cuerpo se fue hacia atrás, pero sus desesperados dedos seguían aferrados a la ventana.

–Ayuda –susurró.

Unas manos surgieron en medio de la oscuridad y lo sacaron de allí.

–Te tenemos –era Leopard–. La has salvado, Charlie. La pequeña va a vivir y tú también.

Charlie tosía y tosía; respirar aire fresco le hacía daño.

–¿Y Toby?

–Está bien. Ha salvado al niño. Hemos hecho todo lo que hemos podido. ¡Vamos!

Las palabras del capitán le dijeron que alguien había muerto.

No... Esos pobres niños habían perdido a su madre.

Mientras lo ponían a salvo, sintió los flashes de las cámaras y oyó las palabras «héroe» y «salvando las vidas de una familia», pero sentía que no podía recibir alabanzas por haber cumplido con su deber. Cayó de rodillas, tosió y vomitó.

En unos minutos, los paramédicos ya lo habían subido a una camilla y lo trasladaban al hospital. Cayó inconsciente mientras pensaba que, a pesar de haber hecho todo lo que había podido, una mujer había muerto y dos niños habían perdido a su madre y eso, para él, significaba que no había hecho lo suficiente.

CAPÍTULO 1

Sidney, tres meses después

–¿QUE soy el gran qué de dónde? –Charlie sonrió al abogado en el despacho revestido en roble del centro de Sidney–. Sí, claro, ¿y qué más? Ahora en serio, ¿por qué estamos aquí?

Su hermana le dio la mano.

–Creo que lo dice en serio, Charlie.

Ante el tono de voz de Lia, el instinto de protección de Charlie se disparó. Lia estaba pálida y podía sentir cómo le temblaba la mano.

No podía culparla. Esa noticia podía destruir a su hermana. Después de tantos años de progreso, podía volver a caer en la anorexia ante el impacto provocado por lo que ese extraño estaba diciendo.

–Vamos, señor Damianakis. Díganos por qué estamos aquí. Está asustando a mi hermana.

El abogado sonrió a Lia a modo de disculpa, pero sus palabras no aliviaron a Charlie.

–Soy consciente de que esto puede ser un gran impacto para los dos. Para nosotros también ha sido una sorpresa. El consulado contactó con nosotros después de que saliera a la luz la historia de cómo rescató a esos niños de la casa en llamas. Habían enviado fotografías de sus abuelos a todos los consulados del mundo. Us-

ted es la viva imagen de su abuelo. La fotografía en la que aparece recogiendo la medalla al valor dio pie a una investigación que demuestra que los papeles que su abuelo utilizó para entrar en Australia no eran legales. Los informes griegos mostraron que el auténtico Kyriacou Charles Konstantinos, que compartía fecha de nacimiento con su abuelo, murió en Chipre ocho meses antes de que su abuelo llegara a Sidney en 1941 utilizando los mismos certificados.

–Eso sólo demuestra que Papou era un ciudadano ilegal –era algo que Charlie siempre había sospechado de su abuelo, un hombre que trabajaba por cuenta propia y que siempre que podía cobraba en metálico.

Se dio cuenta en ese instante de que Papou había construido y pagado la casa y todo lo que había dentro de ella con dinero en metálico... siendo el hijo de un humilde albañil y habiéndose dedicado únicamente a la carpintería. ¿De dónde había salido todo el dinero?

–No, en sí mismo no demuestra nada... pero fue un comienzo. El nombre de su padre es el de la familia Marandis: Athanasius, como su bisabuelo, el Gran Duque. Los informes médicos de su abuelo reflejaban ciertas anomalías familiares, como el dedo meñique de la mano derecha torcido, el grupo sanguíneo AB negativo, que es habitual en la línea masculina helénica, pero raro entre los chipriotas, y en absoluto propio de la familia Konstantinos.

Lia apretó con más fuerza la mano de Charlie y a él no se le ocurrió nada que decir para tranquilizarla. ¡Ojalá Toby estuviera allí!

–Y el origen italiano de su abuela fue la clave de todo. Cuando nos pusimos en contacto con su familia de Milán, nos enviaron fotografías de ella de joven y vi-

mos su parecido con usted, señorita Costa, supimos que no nos equivocábamos.

Charlie se tocó la dolorida piel del cuello, donde había llegado el calor del fuego a través de su uniforme de bombero. Después de aquello, la prensa lo había seguido durante días intentando convertirlo en un héroe. Los habían seguido a Toby y a él cuando fueron a visitar a los niños al hospital e intentaron consolar al padre que había perdido a su esposa.

¡Maldita fuera! Esos niños habían perdido a su madre porque él no había logrado salvarla. Si no fuera porque la prensa lo había convertido en algo que no era, aún estaría viviendo en una feliz oscuridad.

Se puso de pie, levantando a Lia con él.

–Esto tiene que ser una broma. Tiene treinta segundos para decirnos la verdadera razón por la que estamos aquí antes de que salgamos por esa puerta.

–Señor, le hablo totalmente en serio –el señor Damianakis le entregó un documento y una fotografía–. Aquí tiene el certificado de nacimiento del difunto Gran Duque y la fotografía que le tomaron cuando alcanzó la mayoría de edad.

Charlie la miró. No había duda de que era Papou, el mismo que siempre había odiado la guerra y que en la imagen aparecía vestido con un uniforme militar y cubierto de medallas y galones sobre una leyenda que decía:

1939. El marqués de Junoar, a la edad de dieciocho años, en su graduación de la Academia Militar Helénica con sus padres, el Gran Duque y la Duquesa de Malascos.

El certificado de nacimiento decía:

Kyriacou Charles Marandis, hijo de su Excelencia, el Gran Duque de Malascos y de la Gran Duquesa Helena Marandis, antes lady Helena Doughtrym, hija del duque de...

Las palabras se desdibujaron delante de él a medida que le daba vueltas la cabeza. La fecha de nacimiento era la misma, la cara era exacta y el nombre era Kyriacou Charles. Era su nombre y el de su abuelo, siguiendo la tradición, al igual que Lia era Giulia María, como su abuela.

Si todo eso era verdad, su tímida y retraída abuela había sido la nieta de un conde, una niñera real sin título por la que Papou lo había dejado todo y con la que había huido para casarse.

Pero… ¿cómo podía él descender de duques y condes?

–¿Y cuándo aparecen el hombre de la máscara de hierro y los tres mosqueteros? –preguntó Charles con ironía en la voz.

–Puede parecer increíble: un duque que huye con su amada, los príncipes perdidos... una gran fortuna.

Lia había leído las palabras escritas en la fotografía y dijo tartamudeando:

–No puede tratarse de Papou. Están equivocados. Nuestro apellido es Costa. Somos griegos.

–Su abuelo tomó el apellido y la nacionalidad que le dio el hombre que le creó su identidad falsa y cambió Konstantinos por una versión más simple, Costa. Probablemente para evitar el escrutinio de la prensa y que lo siguieran por todo el mundo. Pero no hay duda. Se convirtió en el Gran Duque de Malascos al morir su padre y usted se convirtió en el marqués de Junoar

cuando murió el suyo. Dadas las tragedias acaecidas en la nación durante la última década, usted ya no es simplemente el marqués de Junoar o el Gran Duque de Malascos.

–¿Simplemente? –preguntó Charles con incredulidad.

–Según la ley helénica, como último varón en la línea directa, usted es el príncipe heredero del trono. Y usted... –dijo sonriendo a Lia– es Su Alteza Real Giulia Marandis, princesa de Hellenia. Su bisabuelo dejó una gran fortuna privada a sus descendientes perdidos que suma unos quinientos millones de euros en tierras, oro y cuentas bancarias. Creo que quería que su hijo supiera que lo había perdonado –y añadió rápidamente al ver lo pálida que estaba Lia–: Por favor, siéntese, Su Alteza.

Lia soltó la mano de Charlie y se dejó caer en la silla.

–No me llame así –dijo horrorizada.

A Charlie la habitación le daba vueltas. Fue hacia la ventana, vio la limusina con banderas diplomáticas y apretó los puños. El cuento de hadas del que quería reírse estaba cristalizándose en una horrible realidad.

–Ha dicho que mi bisabuelo desheredó a Papou cuando se casó con Yiayia. Pero entonces, ¿qué quieren de nosotros?

–Cuando su abuelo fue desheredado, era el noveno en la línea de sucesión al trono, pero había otros veinte miembros directos de la familia Marandis que podían heredar. Los últimos treinta años han sido una época de tragedias en Hellenia. Un golpe de estado mató a varios miembros de su familia. Hace doce años los rebeldes se levantaron a favor de un hombre llamado Orakis que reclamaba el trono y así estalló la guerra civil